

PETROS MÁRKARIS
PAN, EDUCACIÓN, LIBERTAD

Traducción del griego
de Ersi Marina Samará Spiliotopulu

TUSQUETS
EDITORES

Lo sostiene en la mano izquierda mientras la palma de la mano derecha se desliza suavemente sobre él, como si quisiera alisar un papel arrugado. La mano le tiembla al tocarlo.

—¿Podéis creéroslo? Llegué a echarlo de menos —murmura.

Lo que tiene en la mano es un billete de mil dracmas, idéntico a los que teníamos antes, con el *Discóbolo* de Mirón impreso en una cara.

—Mamá... Con este billete de mil, mañana no podrás pagar ni un café —le dice Katerina.

«Mañana» es el 1 de enero de 2014. Hoy es el último día de 2013 y estamos a punto de cortar el pastel de Nochevieja en compañía de Fanis, Katerina y nuestros consuegros, Sevastí y Pródromos.

—Piensa que es mucho más apetecible cobrar mil dracmas que tres euros por un café —le contesta Adrianí.

—Sí, pero ahora un euro equivale a quinientos dracmas.

—No le amargues la noche —le susurra Fanis.

—Es que mañana le amargarán el día —replica Katerina a Fanis.

—Déjalo para mañana, entonces —le contesta Fanis en tono cortante.

—Katerina, nosotros ya hemos vivido todo esto y estamos inmunizados —interviene mi consuegra, Sevastí—. ¿Sabes cuántos miles de dracmas tenía que pagar mi madre por una *oká** de arroz

* Medida de peso de origen otomano, que dejó de utilizarse en Grecia en 1959 y que equivalía a 1.282 gramos. (*N. de la T.*)

cuando terminó la guerra civil? Pródromos, ¿recuerdas cuánto costaba una *oká* de arroz antes de la devaluación de Markesinis?

—Sí, claro. ¿Y por qué no me preguntas cuántos cañones tenía el acorazado *Avérof*? —contesta Pródromos.

Aquí termina la conversación, porque Adrianí se dirige a la cocina para buscar el pastel y los frutos secos, y Katerina, como siempre, corre detrás para ayudarla.

Personalmente, estoy indeciso, y no quiero participar en la discusión hasta ver hacia dónde se inclina la balanza. Comprendo la ansiedad de Katerina ante la transición del euro al dracma. También puedo comprender la serenidad de Adrianí y de Sevastí. Piensan que las pasamos crudas con el dracma y que, sin embargo, sobrevivimos. De acuerdo, sí, pero ahora estamos hablando de abandonar un piso para ir a vivir en una buhardilla o un pequeño estudio. No es moco de pavo.

Adrianí y Katerina reaparecen cual camareras de un restaurante de lujo, llevando cada una la mitad de los manjares.

Apenas los depositan en la mesa cuando suena el timbre y aparece Zisis. La decisión de invitarle fue unánime, para no dejarle solo en Nochevieja, apesadumbrado y haciéndose a la idea de que, a partir de mañana, la miseria que cobra de pensión quedará en nada. Sin embargo, sus miserias de mañana no le han impedido traernos un frutero como regalo.

Su regalo sirve de pretexto para que nosotros nos intercambiamos los nuestros.*

—Estos regalos tienen un valor simbólico —comenta Adrianí—. Son los últimos que hemos comprado con euros.

—Por eso te he comprado algo que te será muy útil —dice Katerina a su madre mientras le entrega su regalo.

Adrianí abre el envoltorio y saca un grueso monedero.

—Tiene muchos bolsillitos, para que separes bien los dracmas —le dice Katerina riendo.

—Volvemos a los monederos con muchos bolsillos vacíos —dice Adrianí.

* Tradicionalmente, en Grecia los regalos de Navidad se hacían en Nochevieja. (*N. de la T.*)

—¿Tú no dices nada? —pregunto a Zisis.

—¿Qué puedo decir?

—Que se puede vivir con poco dinero. Tú dominas este arte.

—Se puede, pero no es fácil. Quizá pongamos buena cara al mal tiempo para conservar la dignidad, pero fácil no es.

Es la primera vez que Lambros deja traslucir sus dificultades para salir adelante.

El resto de los regalos son los típicos de Nochevieja. Jerséis, camisas, blusas, corbatas... Hasta que Katerina se me acerca con una gran bolsa de plástico, que deja delante de mí.

—Aquí tienes tu regalo, de mi parte y de parte de Fanis.

Miro la bolsa de plástico tratando de adivinar qué puede haber dentro, al tiempo que pillo a Fanis y a Katerina riéndose por lo bajo. Al abrirla, aparece el embalaje de un ordenador portátil. El descubrimiento viene acompañado de una felicitación general, mientras yo me quedo mirando el ordenador como un pasmarote.

—¿Qué se supone que debo hacer con él? —pregunto desconcertado.

—Ya es hora de que tengas tu propio ordenador y no dependas tanto de Kula.

—¿Habéis gastado vuestros últimos euros para comprarme un ordenador e independizarme de Kula? Yo no sé nada de ordenadores. Ni siquiera sé utilizar una máquina de escribir. Siempre lo he escrito todo a mano.

—No es difícil, Kula te enseñará —lo tranquiliza Katerina.

Se me ocurre que, si hubiera ascendido a subdirector de policía, tendría ya un portátil, que es el *kit* con el que viene ese cargo. Pero ni yo ni Guikas conseguimos el ascenso. Hubo cambio de gobierno y los nuevos colocaron a su gente.

«Se ha ido todo al garete, Kostas. Lo había calculado todo menos que hubiese elecciones. Reconozco que tengo mis contactos, sólo que en estos momentos hay que tener contactos en todos los partidos. Esto es imposible en la práctica», me dijo Guikas, soliviantado, mientras yo me preguntaba si se sulfuraba por mí o por sí mismo. En cualquier caso, los dos nos llevamos un chasco. Como decía mi padre: «Espera sentado». No es que

me importara demasiado el ascenso, pero no me habría importado cobrar un fajo más grande de dracmas a final de mes.

Dejo a un lado los pensamientos desagradables y me acerco a la mesa, donde se han reunido todos para cortar el pastel. Empiezo a marcar la cruz con el cuchillo al tiempo que comienzan a sonar los villancicos en la tele. Sigo fielmente el ritual y reparto los trozos.

Todos empiezan a rebuscar en su porción con los dedos para ver si les ha tocado la moneda hasta que Zisis anuncia:

—¡Aquí está! ¡Me ha tocado a mí!

—Enhorabuena, éste será tu año de suerte —exclama Kate-
rina en medio de los vítores generalizados.

—Si es señal de buena suerte, pues la verdad es que llega tarde —responde riéndose Zisis, que recibe las felicitaciones de todos con su tímida sonrisa.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? —grita Adrianí de repente.

La pantalla del televisor está llena de papelitos volantes. La fiesta en la plaza de Sintagma ha desaparecido, no se ve nada.

—¡Si son dracmas! —exclama Sevastí.

Es cierto, los papelitos son falsos billetes de cien, de mil y de cinco mil dracmas.

—¡Llueven dracmas! —grita con entusiasmo el presentador mientras el público reunido en la plaza vitorea y aplaude exaltado.

—Se han vuelto locos. Celebran nuestra ruina —comenta Pródromos.

—¿Por qué no vamos a verlo de cerca? —propone Sevastí.

—¡Sí, vayamos, será divertido! —exclama Adrianí.

—Tenemos dos coches, cabemos todos —dice Fanis, y su expresión proclama que él también quiere disfrutar del espectáculo. Sin embargo, el problema no son los coches, sino el tráfico que encontraremos camino de Sintagma.

Mis temores resultan infundados, porque se puede circular por Spiru Merkuri. Torcemos a la izquierda en la avenida Rey Konstantinos para llegar a la plaza Riyilis, que está más cerca de Sintagma. A la altura de la Escuela de Oficiales nos detiene un agente de tráfico.

—No continúen, señor comisario. Reina Sofía está cerrada a la altura de Kumbari.

—¿Podemos dejar los coches aquí? Es el mío y el de mi yerno.

—Déjenlos, ya se los vigilo yo. Regalo de un colega —concluye con una risa, para recordarme que el soborno, nuestra moneda nacional, seguirá vigente cuando llegue el dracma.

En la avenida Reina Sofía hay pocos peatones y se camina sin dificultades. La multitud se hace más compacta a la altura de la calle Solón, y ya resulta imposible transitar cuando llegamos al hotel Gran Bretaña. Nos detenemos delante del hotel y observamos un nuevo aluvión de papelitos que se esparce por el cielo como si fueran palomas.

—Esto son pesetas —explica el presentador desde la balconada—. Un homenaje a nuestros amigos españoles, que hoy celebran lo mismo que nosotros.

La orquesta empieza a tocar una canción española mientras, en la acera de enfrente, un grupo de chicas baila frenéticamente al son de la música con la mirada fija en lo alto del hotel.

—Veo que os estáis divirtiendo —les dice Adriání.

—Allá arriba, en la terraza del hotel, hay un equipo de la televisión alemana que nos está grabando —explica una veinteañera rubia—. Queremos que vean que pasamos de ellos y que seguiremos divirtiéndonos aunque tengamos el dracma. Ellos no saben lo que es divertirse.

—Pues yo veo que hace tiempo que se lo pasan muy bien con nuestra desgracia. Es increíble —murmura Katerina.

Zisis la toma del brazo.

—Cuando los nuestros tuvieron que huir del país, siguiendo los pasos de los últimos jirones del Ejército Democrático, celebraban que pronto regresarían a la patria, antes incluso de llegar a su exilio en Taskent —le susurra, para que no le oigamos los demás—. Sólo al llegar se dieron cuenta de que les esperaban años terribles.

—Esto no es una celebración, tío Lambros. Esto es odio —le dice Fanis—. Cien años después de la primera guerra mundial, el odio vuelve a apoderarse de Europa.

Un nuevo aluvión de papelitos se arremolina en el cielo.

—Esto son liras para nuestros amigos italianos. Para que sepan que estamos a su lado y nos acordamos de ellos.

Una canción italiana sustituye a la española.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor? —dice un negro con pinta de turista que está a mi lado, con su mujer, contemplando el espectáculo.

—Adelante, pregunte lo que quiera.

—Mi mujer y yo dimos cinco mil *dollars* para cambiar a euros. Ahora está el dracma. ¿Cinco mil *dollars*, para acabar con dracmas?

—*C'est la vie* —dice su mujer, cogida a su brazo.

Pregunto a Katerina, que fue al Instituto Francés en Salónica, qué significa «*c'est la vie*».

—Así es la vida —traduce ella.

Tiene razón la mujer. Así es la vida hoy. Pero ¿cómo será la vida mañana?

Zisis también tenía razón. Nuestra Taskent comenzó en Nochevieja. No se nos ha concedido ningún periodo de gracia, ni siquiera hasta que nos acomodemos en nuestro nuevo campo de refugiados. A nosotros no nos atormentan los cabecillas del partido, como en la época de Zisis, sino nuestros líderes contemporáneos, que son los medios de comunicación, con la televisión a la cabeza.

Adrianí lleva encerrada en la cocina desde la mañana preparando la comida de Año Nuevo. Habíamos quedado en comer todos juntos: padres, hijos y consuegros. Por otra parte, Pródromos y Sevastí, cada vez que vienen a Atenas, duermen en nuestra casa, en la vieja habitación de Katerina, desde que Maña ofreció su piso para abrir un despacho con Katerina y ella se instaló en el piso que los padres de Fanis tienen en Kukaki.

Como no me gusta estar cerca de Adrianí cuando cocina, porque se pone nerviosa y acaba echándome broncas, me he sentado en el sofá, frente al televisor. Seguía bajo los efectos de la programación de anoche, con los billetes falsos volando, los vítores, los gritos de triunfo y los aplausos. Puede que fuera la fiesta de nuestra desgracia, pero, en cualquier caso, era una fiesta.

Quizá esa sensación festiva de la víspera fue lo que me impulsó a volver a encender el televisor, con la esperanza de ver la continuación en la pantalla. Pulsé el botón, sólo que, en lugar de billetes falsos, me encontré ante dos cuarentones que flanqueaban al viceministro de Economía. Empezaron a preguntarle cuánto tiempo seguirían cerrados los bancos, si los ahorros de los griegos estaban garantizados y si el Estado tenía dinero para pagar los

sueldos de los funcionarios y las pensiones. Al viceministro le llovían las preguntas, pero las bofetadas las encajaba yo y, la verdad, empezaba a aturdirme.

En algún momento, Pródromos se sentó a mi lado a ver la tele, también en silencio. Se ve que tiene menos aguante que yo, porque, sencillamente, cogió el mando a distancia y cambió de canal. Tropezamos con una pareja de septuagenarios que rebuscaban en los contenedores de la basura con sus bastones. En cuanto se percataron de que estaban grabándolos dieron la espalda a la cámara y se cubrieron el rostro.

—Éstas, señoras y señores, son las primeras imágenes que nos depara el nuevo año 2014 —dijo el periodista.

Por suerte, pronto llegaron nuestros hijos y el ambiente se distendió. Adrianí había preparado cordero al horno con patatas; Sevastí, coles rellenas, que son su especialidad, y Katerina, lo más fácil, es decir, la ensalada.

—Fanis, quizá tengamos los bolsillos vacíos, pero todos nuestros platos están bien llenos —dijo Katerina riéndose—: Mi madre prepara tomates rellenos, y la tuya, col rellena. Tendré que aprender yo también o me sentiré acomplejada.

—Será mejor que aprendas a cocinar empanada de verduras o arroz con puerros —respondió Sevastí—. En adelante sólo comeremos eso.

—Calla, calla, mujer. Bastante tenemos ya con las desgracias de la tele —le dijo su marido, y Sevastí calló.

Un día después de eso, a las diez de la mañana de la primera jornada laboral del año, estoy sentado solo en mi despacho. Kula está examinando a fondo mi ordenador. Vlasópulos, que ha llegado tarde, hace acto de presencia para felicitarme el año.

—Enhorabuena por el ordenador, señor comisario. Que lo disfrute. —Hace una pausa y añade, entre risas—: Hace años que le conozco y siempre me he dicho que tenía usted que modernizarse.

—¿Dónde ves tú la modernización, Vlasópulos? ¿En que mi hija y mi yerno me regalen un ordenador que ni siquiera sé encender?

—Vamos, no hable así. Cuando el resto de nosotros haya-

mos vuelto a los lápices de tinta y tengamos que humedecerlos con la lengua para escribir, como mi abuelo en la comisaría de Arájoa, usted presumirá de ordenador.

—Es posible, pero también tendré que pedir a los chicos que me compren un generador.

—¿Por qué? —se sorprende.

—¿Cómo funcionará el ordenador cuando empiecen los cortes de luz?

—El portátil tiene batería, señor comisario —me aclara con una sonrisa condescendiente.

—Cuando empiecen los cortes de luz de cuatro o cinco horas, ya te daré yo batería. —Decididamente, los programas televisivos de ayer influyeron más en mi ánimo que la fiesta de papeletos volantes.

Nuestra conversación se interrumpe con la aparición de Kula, que entra en mi despacho con el ordenador y lo enchufa en la pared.

—Se enciende así —dice, y pulsa un botón, más arriba del teclado—. En teoría, necesita una contraseña para acceder al sistema, pero se lo he configurado para que el ordenador la recuerde, así entrará automáticamente. —Del bolsillo de sus vaqueros saca un papelito y me lo da—. Ésta es la contraseña. Guárdela en un lugar seguro, porque es posible que el sistema se lo pida en algún momento.

Me meto el papelito en el bolsillo y Kula da comienzo a mi instrucción básica. Me enseña cómo funciona el ratón, y después me indica un icono en la pantalla.

—No sé qué es. Tendrá que preguntárselo a Katerina. El resto se lo he escrito aquí. Empiece a jugar y a curiosear. Cuanto más juegue, antes aprenderá a usarlo. Y una cosa más. El ordenador es el idiota más listo que hay en el mundo. De usted depende que termine siendo listo o idiota.

Si depende de mí, estamos apañados, pienso. Querrá hacerse amiguito del ordenata de Guikas.

Cuando Kula se retira, cojo el ratón e intento situarlo sobre el icono, pero éste se me escapa continuamente. Entre nosotros se va estableciendo una relación de asesino en fuga y de policía

que lo persigue. La persecución llega a su fin cuando suena el teléfono de mi despacho. Es Guikas.

—El ministro quiere vernos.

—¿El primer día de trabajo? ¿Y qué quiere, felicitarnos el año? —pregunto a Guikas cuando ya estamos en su coche.

—A juzgar por la única ocasión en que lo he visto, no me parece probable. Y ojo con tu actitud, porque va de duro. Aun así, es algo pasajero, no le durará. Cuando se haya estrellado un par de veces, aprenderá.

La respuesta de Guikas me hace sospechar que nos encontraremos en un ambiente de guerra fría, y no ando muy equivocado.

La secretaria del ministro del Interior nos conduce a la sala de reuniones y allí descubro que hay pleno. Están Lambrópulos, de Delitos Informáticos; Peresiadis, de Narcóticos; Espéroglu, jefe de la Brigada Antidisturbios, y Gonatás, el nuevo jefe de la Brigada Antiterrorista, sustituto de Stzakos, que por fin se jubiló y nos dejó en paz.

Intercambiamos apretones de mano y felicitaciones de Año Nuevo que nadie se cree y entramos en modo espera. Poco después llega el director de la policía, acompañado del subdirector. Siguen más felicitaciones y un nuevo compás de espera.

—Lo hace a propósito, para ponernos nerviosos y demostrar quién manda aquí —dice Lambrópulos—. Ojalá me equivoque, pero tenemos que ponernos en lo peor.

El director y el subdirector dejan pasar el comentario, de manera que los demás seguimos sus directrices y permanecemos en silencio.

Ya hemos agotado las últimas reservas de paciencia y cualquier posible conversación cuando se abre la puerta y hace acto de presencia el ministro. Nos desea un «feliz Año Nuevo» a todos con cara de circunstancias, se sienta en su sillón y nos pasa revista.

—Acabo de salir del consejo de ministros, por eso llego tarde —se justifica y acto seguido adopta un tono oficial—: Señores, el consejo de ministros ha acordado la suspensión de pagos durante el primer trimestre.

Calla y nos observa para ver nuestra reacción. Pero ¿cómo van a reaccionar unos hombres que acaban de sufrir una embolia cerebral y no son capaces de mover ni un dedo? Si los sucesivos recortes de sueldos y pensiones eran los episodios cerebrales leves, la suspensión de pagos es el colapso definitivo. Por fortuna, no tengo ninguna hipoteca, me digo. Claro que debo los dos últimos plazos del coche, pero ¿qué concesionario te quita el coche por dos míseros plazos? Con el dinero que tengo en el banco podremos pasar los tres meses, aunque me retrase en el pago del alquiler del piso. Ahora bien, ¿quién me asegura que la suspensión durará sólo tres meses? La palabra del Estado griego vale tanto como la palabra de una pitonisa. Los tres meses podrían convertirse fácilmente en tres trimestres.

Katerina y Fanis tendrán seguramente problemas para subsistir. El sueldo de Fanis es el único ingreso que entra en su casa y no sé si podrán aguantar tres meses después de tantos recortes. Katerina gana muy poco y tiene que repartirlo con Maña. El despacho de apoyo legal y psicológico a drogodependientes que abrieron juntas todavía lucha por mantenerse en pie. Tengo que hablar con Adrianí. La búsqueda de soluciones es su especialidad.

Observo las caras a mi alrededor. Y es que son un poema. Todos estamos pensando lo mismo. En el fondo, nadie se cree que la suspensión vaya a ser sólo trimestral y que después nos pagarán los atrasos, algo muy improbable.

—Debo informarles también de que los bancos permanecerán cerrados hasta que haya concluido con normalidad la transición del euro al dracma. Se permitirá el reintegro por cajero automático de hasta cincuenta mil dracmas, que equivalen a cien euros. Soy consciente de la dificultad de la situación, pero tendremos que aguantar este periodo tan duro —añade.

Nadie reacciona. Todos le escuchamos con el fatalismo del empleado público que sufre un Alzheimer verbal por culpa de las colegas de los ministros.

—Todas las fuerzas policiales deben permanecer en alerta máxima, para impedir los disturbios. A partir de este momento, todos ustedes estarán a disposición del director general, quien los

destinará a las tareas que crea oportunas. —Calla para ver cómo nos sienta el cáliz amargo. Como lo tragamos sin protestar, continúa—: He mantenido videoconferencias con mis homólogos de Italia y de España. Las medidas acordadas se adoptarán en los tres países.

—¿También ellos suspenden pagos? —pregunta Lambrópulos.

—España sí, Italia no. Sin embargo, en los tres países se cerrarán provisionalmente los bancos. No tengo nada más que decirles. Repito que, a partir de este momento, están a disposición del director general de la policía. No quiero que mañana, cuando lleguen los representantes de la policía europea, encuentren Atenas sumida en el caos.

Es la primera vez que me topo con un ministro que no pide la opinión de nadie y que lo decide todo unilateralmente o, como mucho, consultándolo con el director general. Y eso en unos momentos en que el Cuerpo está tan deprimido que podría estallar sin aviso previo. Hemos caído en manos de un acomplejado, y es cuestión de tiempo que metamos la pata y quedemos en ridículo ante todo el país.

—¿Lo has visto? —comenta Guikas cuando subimos al coche—. Te aconsejo que mantengas una actitud ejemplar. Éste no te dejará pasar una y yo ya no puedo cubrirte las espaldas. Te lo digo para que sepas a qué atenerte.

—¿Quiénes son esos representantes que han de venir?

—No lo sé exactamente, pero se trata de altos cargos. Nosotros no lo somos, así que la cosa no nos atañe.

Lo dice con amargura, porque le han privado de la oportunidad de pertenecer al club de los capitostes.